

acordó que el segundo ejército austriaco fuese dirigido lo más pronto posible á Basilea; que los bávaros, que ya tenían dispuestos treinta mil hombres, se apresurasen á reunir cincuenta mil; que los badenses, hessenses, wurtembergueses fuesen también excitados á ponerse sobre las armas; que se rogara á la Inglaterra que prestase, además de las cantidades que debía entregar á las grandes potencias, algunos recursos á los coligados de segundo orden, y que tanto esta nación como los Países Bajos no perdiesen un solo día en la formación de una primera masa de tropas capaz de hacer frente á Napoleón, si éste anticipaba la época en que se presumía que quedarían rotas las hostilidades, es decir, á mediados de junio. El duque de Wellingtón quiso por sí mismo partir inmediatamente para dar alguna consistencia á las tropas belgas, holandesas, hannoverianas y alemanas, concentradas en los Países Bajos, proponiéndose al paso, al hallarse más cerca de Londres, sostener el valor de su gobierno y hacerle ratificar los compromisos que, por su parte, había contraído sin previa autorización. Le encargaron también que diese algunos consejos á los Borbones, retirados en Bélgica, y le desearon buena suerte en la nueva lucha que iba á comenzar. Los soberanos se decidieron á permanecer en Viena hasta la llegada de sus tropas, á las que animaban por todos los medios, hallándose resueltos, cuando estuviesen todas en línea, á seguir al cuartel general del príncipe de Schwartzberg del mismo modo que lo habían hecho durante la campaña de 1814.

Mientras que todas estas determinaciones se ejecutaban, Mr. de Montrond, encargado de una misión secreta, consiguió felizmente entrar en Viena gracias á su destreza, á su audacia y á sus fingimientos de todas clases. Su primera visita fué á Mr. de Talleyrand, con el que le ligaba la más antigua familiaridad. Su sagacidad era demasiado grande para no descubrir desde luego hasta qué punto este elevado personaje estaba comprometido con la causa de los Borbones, y al mismo tiempo poseía bastante criterio para intentar inútiles esfuerzos. Se contuvo, pues, al ver de qué manera se hallaba Mr. de Talleyrand aferrado á sus ideas, pero quiso saber si las demás legaciones, menos interesadas que la de Francia en la cuestión de la dinastía, eran tan absolutas como Mr. de Talleyrand. Se dirigió á Mr. de Nesselrode, y procuró demostrarle, como á sus colegas, que la revolución del 20 de marzo satisfacía las pasiones vivísimas de Francia, no sólo del ejército, sino de los habitantes de las ciudades y del campo; que Napoleón encontraría muchos brazos, y que luchar con él sería muy temible; que era preciso, pues, apreciar las dificultades antes de arrostrarlas, y que si los Borbones eran el verdadero objeto de esta lucha, este objeto no valía los esfuerzos que se hicieran para conseguirle.

Mr. de Montrond tenía bastante inteligencia y le conocían lo suficiente los diplomáticos á quienes se dirigía, para que se viesen en la necesidad de entrar con él en explicaciones. Sin dejar de tomar en cuenta sus noticias, no se manifestaron sorprendidos ni desalentados. Le dijeron que en Viena no se desconocía la gravedad de la lucha, pero que todos estaban decididos á continuarla hasta más no poder, es decir, hasta que derrotasen á Napoleón; que respecto de él la decisión tomada era irrevocable, pero que relativamente á sus sucesores,

por más que prefiriesen á los Borbones, se hallaban los aliados dispuestos á resolver lo que más conviniera.

Este singular enviado de Napoleón, convertido subsidiariamente en enviado de Mr. Fouché, quiso saber si tendría alguna probabilidad de éxito la regencia de María Luisa; pero encontró al Austria completamente opuesta á esta regencia, lo mismo que las demás potencias; y deseando saber lo que respecto de este particular opinaba la misma princesa, procuró penetrar en los jardines de Schenbrunn. Se presentó en ellos como un hombre apasionado por las flores, y sin dar que sospechar á la policía austriaca, logró hablar con Mr. de Meneval, á quien dijo que si María Luisa quería desentenderse de la etiqueta y confiarse á él, la transportaría con su hijo á Estrasburgo, garantizándola el éxito de este raptó. Entonces Mr. de Meneval le manifestó que María Luisa deseaba su regencia tanto como los soberanos reunidos en Viena, y que no tenía pasión más que por el nuevo porvenir que se había labrado, en el cual no era sólo su hijo el que representaba el principal papel. Mr. de Montrond no insistió, entregó las cartas de que era portador, recibió las respuestas que se había decidido llevar á su destino con igual exactitud, y antes de partir, viendo que Napoleón era imposible (á no ser que alcanzase triunfos extraordinarios) y María Luisa desechada por todas las cortes, procuró saber si un príncipe con el que se hallaba unido personalmente y con el cual había partido su destierro en Sicilia, el duque de Orleáns, convendría al buen sentido práctico de los coligados. Al intentar hacer este descubrimiento, notó que la Inglaterra mostraba un gran interés por la persona de Luis XVIII, que el Austria no quería por ningún precio posponer á cualquier otro el principio de la legitimidad, que la Prusia anhelaba la caída de Napoleón siéndola indiferente lo demás, y que sólo la Rusia, en la persona de su soberano, se inclinaba á un cambio de dinastía en Francia en beneficio de la rama menor de la casa de los Borbones. Terminada esta exploración, Mr. de Montrond salió de Viena sin haber hecho traición al que le había nombrado su emisario, habiéndole prestado pocos servicios, porque nada podía hacer en su favor, habiendo intentado algo en provecho del príncipe á quien estimaba, y por lo demás decidido á revelar en París la verdad, á la que se inclinaba siempre como todos los hombres de superior talento. Se encargó de presentar una extensa carta de Mr. de Meneval, en la que este fiel servidor, conservando el respeto que presidía siempre á sus palabras y á sus acciones, refería á Mr. de Caulaincourt acerca de María Luisa y de la corte de Viena detalles que importaba no ocultar á Napoleón. Mr. de Montrond se apresuró en volver á París para llevar lo más pronto posible las noticias que había tenido el talento de proporcionar.

No conoceríamos lo bastante el estado de la Europa de entonces si, limitándonos á considerar lo que pasaba en Viena, no fijáramos por un instante nuestras miradas en los sucesos que tenían lugar en Londres al mismo tiempo. Por más que en Viena se hubiesen presentado los ingleses como hombres invariables, como enemigos irreconciliables de Napoleón, en Inglaterra, sin querer deshacerse de ninguna de las ventajas adquiridas, se habían, sin embargo, modificado de una manera sensible. No hay duda de que el interés es uno de los móviles de

la Inglaterra, como lo es de todas las naciones, por ilustradas que sean; pero el sentimiento del derecho, la simpatía hacia los oprimidos, la imaginación, el amor por lo grande, influyen también en sus resoluciones, y se desconocería uno de los rasgos más notables del carácter británico si no se tuvieran en cuenta estas diversas disposiciones.

Así, pues, sin haberse vuelto amigo de Napoleón ni de la Francia, la Gran Bretaña no experimentaba ya las fuertes pasiones que la animaban un año antes. Calmada la embriaguez del triunfo, se consagró á gozar de la paz, y contemplaba con su imaginación las más esplendorosas perspectivas comerciales. Los once ó doce meses de reposo de que había disfrutado la habían permitido distribuir sus mercancías por todo el mundo, y había tenido ocasión de apreciar una libertad de comunicaciones tan provechosa á su industria. Las breves reflexiones que había podido hacer la habían revelado la inmensidad de las cargas que en contra suya resultaban de la última guerra, y se había convencido plenamente de que si esta guerra la había reportado muchos beneficios no habían sido menores los gastos que la había ocasionado. Su deuda triplicada, que había llegado á absorber la mitad de sus ingresos, y el *income tax* tan odioso en su forma como en su fondo, convertido para su hacienda en una necesidad permanente, eran compensaciones harto costosas de sus adquisiciones en los dos hemisferios. Lo que se llamaba *commisariat* (es decir, la administración ambulante que seguía á los ejércitos) había dejado en España deudas considerables y recientemente las había contraído en América de tal especie que necesitaba satisfacerlas sin demora. Volver á emprender la guerra en esta situación no era del agrado de nadie. Además, ¿por qué, y en beneficio de quién renovar la lucha? Si era por miedo de perder lo adquirido, Napoleón anunciaba su resolución de mantener la paz, proclamando el respeto de los tratados de París y de Viena, y si podía dudarse de su palabra, el interés que tenía en cumplirla era una garantía bastante grande de su sinceridad. Por otra parte, su deseo de complacer á la Inglaterra era evidente, toda vez que se había apresurado á abolir la trata de negros (Napoleón había, con efecto, y motu proprio, decretado esta abolición). No sabiendo por qué se haría la guerra, se preguntaban en favor de quién la arrostrarían. Evidentemente era en favor de los Borbones contra Napoleón, y aquéllos habían perdido mucho en el ánimo de los ingleses mientras que Napoleón había ganado algo más con sus últimos actos.

El cumplimiento que había dicho Luis XVIII al príncipe regente lisonjeaba á la Inglaterra: de esto no cabe duda; pero después había formado del gobierno de los Borbones una opinión bastante severa. Al paso que juzgó al de Fernando VII en España como odioso, calificó al de Luis XVIII en Francia de desacertado, de poco inteligente y á propósito para atraer sobre su familia la catástrofe de que había sido víctima. Tomar las armas en favor de los Borbones con el fin de imponer á la Francia un gobierno que la Inglaterra no aceptaría, pareció á todo el mundo una conducta insensata. En cuanto á Napoleón, había ganado lo que habían perdido en la estimación general los soberanos reunidos en Viena. Lo que más le habían censurado era su ambición

insaciable y subversiva. Ahora bien: los ingleses habían visto con una viva desaprobación el abandono de la Polonia al emperador Alejandro, el desmembramiento de la Prusia, la anexión de Venecia al Austria, de Génova al Piamonte, y sin preguntarse si todos estos sacrificios eran la consecuencia forzosa de los arreglos en que más interés tenían, sin preguntarse si lo que motejaban á los demás era lo mismo que por su parte hacían, dijeron en suma que no merecía ser reprobada la ambición de la Francia toda vez que igualaba á la de las demás naciones. Por otra parte, como los ingleses se hallan dotados de una gran imaginación, la vuelta maravillosa de Napoleón desde la isla de Elba hasta París había hecho que le mirasen nuevamente revestido con todo su prestigio. Esta vuelta con el asentimiento aparente de la Francia le colocó bajo la protección de un principio fundamental en Inglaterra, y que habían sostenido desde hacía veinticinco años contra sus diversos ministerios, el del *gobierno de hecho*. Empezar de nuevo en semejantes circunstancias una encarnizada lucha, perpetuar el *income tax* del que esperaban libertarse, añadir nuevas cargas á una carga ya aniquiladora, cerrarse las vías del comercio poco después de haber sido abiertas, arrostrar por último los sufrimientos de la guerra algunos meses después de haber cesado de soportarlos, y todo esto por unos príncipes nada aptos y contra otro de verdadero mérito, sin aguardar á ver si la desgracia le había corregido, parecía á las masas imparciales una conducta poco razonable, inspirada por las inveteradas preocupaciones de la escuela de Mr. Pitt.

El gabinete inglés comprendía el cambio que se había operado en la opinión pública, y si se hubiera hallado en Viena, no se hubiera comprometido tan fácilmente como el duque de Wellingtón. Lord Liverpool y mister Vansittard, que no eran ciertamente amigos de la Francia, mostraban gran repugnancia en comenzar una nueva guerra, y en cuanto á lord Castlereagh, aunque había contraído compromisos en el continente, no estaba menos inquieto que sus colegas por el estado de los ánimos en Inglaterra, y comprendía la necesidad de guardarles consideración. La emigración francesa que acudió á Londres procuraba combatir estas disposiciones de los ministros británicos. El duque de Feltre, enviado por Luis XVIII, les comunicó no solamente las nociones que debía á una larga práctica de la administración imperial, sino también los documentos más nuevos, los más positivos que se había procurado por medio de sus recientes funciones ministeriales. Se empeñó en tranquilizarlos respecto del peligro de la guerra, probándoles que la Francia, á su salida de París el 19 de marzo, no tenía más que ciento ochenta mil hombres sobre las armas; que no podía reunir cincuenta mil en un mismo punto, y que Napoleón con toda la actividad imaginable no podría conducir más de cien mil á un campo de batalla quedando guarnecidas las plazas y el interior. A estas razones se unían las promesas de algunos realistas del Oeste, que afirmaban que los aldeanos de sus comarcas se levantarían como en otro tiempo, siempre que les facilitasen algunos recursos de material desembarcados en las costas de la Bretaña y de la Vendée, y operarían un formal alzamiento, con lo cual teniendo que dividirse las fuerzas de Napoleón serían menos temibles. De todo esto se deducía que á costa de un pronto y vigoroso

so esfuerzo Napoleón sería echado por tierra, asegurándose las potencias la posesión de las ventajas conquistadas por cada una en 1814. Los ministros ingleses pesaban las razones que en pro y en contra les sugería su criterio, cuando supieron que, sin consultarlos, lord Wellington los había comprometido de nuevo con la coalición, y el temor de destruir la unión europea, la condescendencia que les inspiraba el negociador británico, la inclinación de lord Castlereagh en favor de la política continental, y, por último, el espíritu sistemático de los ministros torys decidieron la cuestión en el sentido de la guerra. Sin embargo, en vista de la ostensible resistencia de la opinión pública, era necesario recurrir á la astucia, y lord Castlereagh se prestó á hacer ocultaciones que en el día, gracias al progreso de las costumbres públicas, no osaría permitirse ningún ministro inglés (1). Se resolvió, pues, al saberse lo que se había acordado en Viena, poner en práctica algunas restricciones para simular que se respetaban los principios de la Gran Bretaña, y no publicar las obligaciones contraídas más que poco á poco y á medida que las circunstancias justificaran el partido adoptado por el gabinete. Así pues, el tratado del 25 de marzo, que renovaba la alianza de Chaumont, fué ratificado, pero con una reserva añadida al artículo 8.º Este artículo, que admitía á Luis XVIII á adherirse al tratado, debía ser entendido, según decían, como obligando á los soberanos europeos, en interés de su mutua seguridad, á hacer un esfuerzo común contra el poder de Napoleón, pero no como obligando á S. M. Británica á proseguir la guerra con el objeto de imponer á la Francia un gobierno cualquiera. El tratado, que llegó á Londres el 5 de abril, fué ratificado y devuelto el 8 con esta modificación en su modo de interpretarlo, modificación especiosa, pero falsa, porque en realidad se quería echar por tierra á Napoleón y reemplazarle con los Borbones.

Al contraer estas obligaciones no era posible, en un país constituido como la Inglaterra, ocultarlas al parlamento, que ejerce en realidad un poder del que la corona tiene más que otra cosa los honores. Se decidió, pues, el 6 de abril, es decir, al día siguiente de recibirse en Londres el tratado del 25 de marzo, presentar un mensaje á las dos cámaras. Este mensaje anunciaba que, en vista de los acontecimientos ocurridos en Francia, la corona creía deber aumentar sus fuerzas de mar y tierra, poniéndose en comunicación con sus aliados á fin de establecer con ellos un acuerdo que pudiese garantizar la seguridad presente y futura de la Europa.

El gabinete pidió que se discutiese inmediatamente el mensaje y lo consiguió, á pesar de la oposición que deseaba retardar la discusión. Esta discusión fué animada y profunda. Lord Liverpool representó al gabinete y lord Grey á la oposición en la alta cámara: en la de los comunes habló lord Castlereagh en nombre del gobierno, y sir Francis Burdett y Mr. Witbread en nombre de los opositores. La discusión fué igual en las dos cámaras respecto de su fondo y únicamente se diferenció algo en la forma.

El gabinete expuso, como sigue, el estado de las co-

(1) Estas ocultaciones se hallan probadas en la correspondencia de lord Castlereagh recientemente publicada, y en los documentos inéditos que hemos visto y que tienen relación con el congreso de Viena.

sas. En abril de 1814 habían tratado á la Francia con la mayor generosidad. En vez de destruir esta potencia, que desde hacía veinticinco años no había cesado de trastornar á la Europa, en vez de castigar sus destrozos, la guardaron las mayores atenciones. Con efecto, la habían dejado algo más de lo que comprendían sus fronteras de 1790, es decir, Mariemburgo al Norte, Landau al Este, Chambery al Sur, y además un museo, producto de la expoliación de los museos europeos. En cuanto á Napoleón, le habían colocado en las condiciones demasiado indulgentes del tratado del 11 de abril. El ministerio británico no habría firmado este imprudente tratado, si lord Castlereagh, al llegar á París en abril de 1814, no le hubiese encontrado redactado y fuertemente sostenido por el zar Alejandro. Por lo demás, en aquella época tenía todavía Napoleón en Lille, París, Tolosa y Lyon lo menos ciento cincuenta mil hombres, y fué preciso pensar en los peligros que ocasionaría una lucha prolongada. Napoleón había violado este tratado del 11 de abril que le confería la soberanía de la isla de Elba con una pensión crecida, al abandonarla, y al volver á seducir á un ejército que odiaba la paz y que sólo soñaba en alcanzar grados y entregarse al pillaje. Es verdad que se alegaba, para disculpar á Napoleón, que el tratado había sido violado antes para con él; pero si esto era cierto, como lo proclamaban sus partidarios, ¿por qué no había reclamado?

Ahora bien, él no había dicho nada ni había hecho hablar á nadie en nombre suyo. Sólo el gabinete británico había sabido indirectamente que Napoleón carecía de dinero, y al saberlo había insistido cerca de la Francia en que se le pagase su subsidio. Respecto de la censura por no haberle vigilado lo bastante, olvidaban que Napoleón, en la isla de Elba, era un soberano y no un prisionero; que se habían visto reducidos á observar la isla por medio de cruceros y que los cruceros podían muy bien ser burlados, aunque fuesen muy numerosos; que el coronel Campbell, que residía tan pronto en Liorna como en Porto-Ferrajo, no se hallaba desgraciadamente en este último punto el 26 de febrero, pero que aun cuando hubiese estado, se hubiera hecho con él lo que con otros ingleses que habían sido entregados á la gendarmería; que, por lo tanto, la conducta del gabinete británico no tenía nada de censurable; que quedaba en pie el grave y alarmante acontecimiento de la restauración de Napoleón al frente del gobierno francés, debida á la traición de un ejército ávido de guerra y de botín; que la Europa no podía conformarse á vivir en continuas inquietudes, sólo para dar lugar á que los militares franceses adquirieran grados y dinero; que no se trataba de emprender inmediatamente la guerra, ni de imponer un soberano, cualquiera que fuese, á la Francia, sino de permanecer en unión con las potencias del continente, porque esta unión había salvado á la Europa y era la única que aún podía salvarla de un yugo insostenible; que la Inglaterra no deseaba la guerra, sino la paz, pero que era imposible esperarla de un hombre sin fe, que la prometía hoy para destruirla mañana; que, por otra parte, era preciso dejar la solución de esta cuestión á las potencias del continente, más directamente amenazadas que la Inglaterra, y que esta última no debía tener más que un principio de conducta, la unión indestructible con las potencias europeas. El mensaje no tenía más que

un objeto, sostenerse en estrecha alianza con las cortes del continente y disponerse para responder á su primer llamamiento si por acaso necesitaban las fuerzas de mar y tierra de la Gran Bretaña.

No era posible disimular más diestramente con verdades generales la verdad material de la guerra resuelta y prometida en Viena; pero la oposición no se dejó coger en el lazo y combatió victoriosamente todos los argumentos de lord Castlereagh y de lord Liverpool.

Desde luego preguntó si con efecto, en el instante en que se hallaban, no había firmado en Viena el gobierno un tratado comprometiéndose á emprender la guerra contra la Francia para derribar á Napoleón y restablecer á los Borbones. Sospechando este acto, aunque no lo sabía exactamente, la oposición presentó la cuestión en términos muy claros, de los que sin embargo abusó lord Castlereagh con una falta de franqueza que nunca debería permitirse un ministro en un Estado libre. Como no se había dicho formalmente en el tratado que harían la guerra contra la Francia para substituir los Borbones á los Bonaparte, por más que éste fuera en el fondo su propósito, lord Castlereagh, que desde hacía dos días guardaba en su poder el texto del tratado del 25 de marzo, respondió con una falsedad mal disimulada que la Inglaterra no había firmado nada de lo que se decía, y procuró hacer ver que sólo había aceptado compromisos eventuales y de pura precaución, conformes en todo con el mensaje que se discutía.

Engañada respecto de los hechos, la oposición no se dejó vencer en el terreno de la argumentación. Su tema era el de que si se había obrado bien en otro tiempo al combatir á Napoleón hasta no poder más, era una imprudencia inspirada por las viejas tradiciones aristocráticas del partido tory contraer entonces el compromiso, oculto, pero cierto, de combatirle de nuevo; que el tratado de 11 de abril, consecuencia natural de la situación de 1814, había sido violado sin pudor bajo todos conceptos; que no sólo no se había pagado á Napoleón su subsidio, lo que le había obligado á vender una parte de los cañones de la isla de Elba, sino que se había puesto en litigio el ducado de Parma asegurado á su mujer y á su hijo, negado una dotación prometida al príncipe Eugenio, y discutido públicamente si le deportarían ó no á una isla del Océano; que se le habían otorgado por lo tanto todos los derechos imaginables para romper el tratado del 11 de abril; que, al penetrar en el territorio francés, había encontrado no sólo al ejército, sino á la nación, dispuestos á tenderle los brazos; que con sólo el ejército no hubiera podido llegar en veinte días á París rodeado por las aclamaciones de los habitantes de los campos y de las ciudades; que evidentemente, no había conseguido esto como el jefe de una compañía de bandoleros, á pesar de que se quería hacer creer este absurdo; que había penetrado hasta el seno de la Francia sin disparar un solo tiro como verdadero representante de la revolución francesa; que los Borbones, por el contrario, no habían visto alzarse un brazo en su defensa, lo que no probaba en modo alguno que la nación los prefiriese á los Bonaparte; que partiendo de este principio la guerra que se negaba, pero que estaban decididos á emprender sin retraso, consistía realmente en tomar la defensa de los Borbones, que se habían hecho sospechosos y antipáticos á la mayoría de

la nación francesa, contra Napoleón, que era á los ojos de las masas el representante de sus intereses; que esto era entrometerse en los asuntos interiores de una nación independiente, conducta opuesta á los principios de la Gran Bretaña y entrometimiento del que, si debían abstenerse moralmente, aunque fuese útil á los intereses británicos, con mucho más motivo debían hacerlo entonces que podía ser funesto á sus propios intereses; que Napoleón no sería lo que era, es decir, un hombre de incontestable genio, si no había vuelto á Francia modificado por la desgracia; que no había duda en que existía una modificación en sus ideas en cierto modo, toda vez que se apresuraba á aceptar las condiciones del tratado de París, que en 1814 había tan obstinadamente rechazado; que se negaba su buena fe y se recordaba su antigua é inmensa ambición; que lo que después de esta última se decía era fundado, pero que después del congreso de Viena no se podía hablar de ambición sin citar las que habían usurpado la Polonia, dividido en porciones la Sajonia y privado de su nacionalidad á Venecia y á Génova; que la experiencia había probado cuán temidas debían ser estas ambiciones, habiendo necesidad de contenerlas por lo menos tanto como la de Napoleón; que, en vista de todo esto, si aprovechando las lecciones de 1813 y 1814, proponía seriamente la paz, la cuestión merecía ser reflexionada antes de decidirse con tanta rapidez por la guerra, que lo mismo representaba él que cualquier otro sobre el trono de Francia; que renovar la guerra, duplicar otra vez más la deuda inglesa, eternizar el *income tax*, arrostrar por fin las eventualidades de una lucha que podía ser terrible si era nacional por parte de Francia, y todo eso para restablecer á los Borbones, era el sacrificio de los verdaderos intereses de la Inglaterra en aras de las antiguas preocupaciones de los torys, y que por lisonjeros que fuesen los cumplidos de Luis XVIII, no merecían ser pagados á un precio tan considerable.

El parlamento se hallaba vivamente conmovido por todas estas razones, que estaban en el ánimo de casi todos los habitantes de Inglaterra. Es cierto que algunos hombres políticos, viendo que habían ganado en Viena tanto como las potencias más ambiciosas, y que la guerra era un medio seguro de conservar lo que habían adquirido, se inclinaban á emprenderla; pero aun éstos mismos dudaban del resultado de ella, y lo que generalmente parecía más cuerdo á todos era tomarse el tiempo necesario para reflexionar antes de decidirse á nada. Mr. Ponsonby, colocado entre el ministerio y la oposición, se hizo intérprete de este sentimiento. La oposición, en respuesta al mensaje, propuso una resolución que tendía positivamente á recomendar al gobierno la conservación de la paz. Adoptar esta resolución era pronunciarse contra la guerra, y la mayoría pedía con razón que antes de tomar un partido, cualquiera que fuese, se dejase despejar la situación. Mr. Ponsonby, haciendo uso de la palabra, dijo que si en el mensaje veía la resolución formal de la guerra no le votaría, porque pensaba que no debía rechazar perentoriamente todas las insinuaciones de Napoleón; que no creía, como se había dicho, que hubiese sido llamado únicamente por el ejército, porque se veía á todas luces que una gran parte de la nación francesa estaba predisposta en su favor; que era preciso considerar atentamente este estado de cosas,

pesar bien las ventajas y los peligros de la guerra, optar por la paz si era segura, por la guerra si era de todo punto indispensable y ofrecía bastantes probabilidades de triunfo; en una palabra, que era necesario examinar y reflexionar, y por consiguiente dar al mensaje una respuesta conforme á su intención, que era la de no entregarse inmediatamente á una lucha sangrienta, pero sí continuar unidos con las potencias del continente, con suficientes recursos para poderlas secundar en sus determinaciones. Por estos motivos, y sólo por ellos, no adoptaba Mr. Ponsoby la proposición de la oposición. Entonces ésta, para aclarar la cuestión, interpeló muchas veces al gabinete, intimándole á declarar la verdad, á confesar que al votar con arreglo al espíritu del mensaje votaban la guerra cierta y hasta muy próxima. Una enérgica y reiterada negativa partió repetidas veces de los asientos ocupados por los miembros del gabinete, que al obrar de este modo no temieron sostener una mentira señalada, mentira que los ministros británicos, preciso es decirlo en honor de sus instituciones, no se han permitido cometer después con una audacia semejante á la que entonces impulsaba su lenguaje.

La proposición de la oposición obtuvo escasos votos, todo lo más cuarenta, y el ministerio se vió apoyado por el sufragio de más de doscientos.

Apenas emitido este voto, el gobierno remitió á Viena el tratado del 25 de marzo ratificado con la reserva ilusoria de que hemos hecho mención, y envió á Bruselas dos miembros del gabinete para que se pusieran de acuerdo respecto de todos los puntos con el duque de Wéllington. Les encargaron asegurarle que deseaban la guerra tanto como él, y que la sostendrían enérgicamente; que todo cuanto habían dicho no había sido más que un ardid motivado por el estado de los ánimos en Inglaterra; que dejaban á su cargo el cuidado de explicar á Luis XVIII el verdadero sentido de la reserva añadida al artículo 8.º, lo que no era más que un paliativo de los escrúpulos que se manifestaban, no impidiendo esto en modo alguno que desearan el restablecimiento de los Borbones y que estuviesen prontos á trabajar para conseguirle con tanta energía como antes. El gobierno manifestó además á lord Wéllington, por medio de sus representantes, que proporcionaría los seis millones de libras esterlinas prometidos á las tres grandes potencias, pero que relativamente á las cortes alemanas de segundo orden procuraría darlas la mayor parte de la compensación debida en dinero por los soldados que faltasen á su contingente de ciento cincuenta mil hombres.

Por último, excitaron vivamente á lord Wéllington á que explicase sus proyectos y los de la coalición, para establecer una mutua confianza y poder secundarlos. Entretanto, para armonizar la conducta con el lenguaje empleado en el parlamento, el almirantazgo ordenó á la marina inglesa que respetase el pabellón tricolor que hasta entonces había considerado como enemigo, puesto que disparaba sus cañones contra él y dejaba pasar libremente los navíos en cuyos mástiles ondeaba la bandera blanca de los Borbones. El almirantazgo consintió asimismo que los buques mercantes de las dos naciones frecuentasen sus respectivos puertos, imponiéndose esta especie de fingimiento por el espacio de dos ó tres meses, hasta el día en que comenzaran las hostilidades.

Al llegar á Bruselas, los representantes del gabinete británico encontraron al duque de Wéllington muy dispuesto á hacer concesiones de forma, siempre que el fondo no sufriese ninguna alteración, y con este motivo esforzándose en contener á los prusianos por un lado y á los emigrados franceses por otro, á fin de que no cometiesen la menor imprudencia. Esta doble tarea era igualmente difícil, porque las pasiones de unos y otros se hallaban excitadas en alto grado. Los prusianos experimentaban un furor indescriptible. Hablaban de entrar de nuevo en Francia y no dejar en pie ni palacios ni cabañas. Los principales cuerpos de sus tropas estaban acampados en las cercanías de Lieja, y como esta ciudad conservaba sentimientos favorables á la Francia, cometían en ella toda clase de violencias, ejercían contra sus habitantes una policía inquisitorial, encerraban ó desterraban á los acusados en connivencia con los franceses, y extendían particularmente su rigor á las tropas sajonas, que después del desmembramiento de la Sajonia se arrepentían de la conducta que habían observado en Leipsick y no se tomaban el trabajo de ocultarlo. Las manifestaciones de estas tropas llegaron á tal punto que fué preciso formarlas en la retaguardia para desarmarlas. Blücher quería además escoger los soldados sajones que, en virtud de los últimos acuerdos de Viena, se habían convertido en prusianos, é incorporarlos á su ejército. Los sajones, por el contrario, se negaban á someterse á esta separación, y amenzaban con emplear una violenta resistencia, auxiliados como estaban por las unánimes simpatías de los habitantes de Lieja. En vista de esto, aconsejaron á Blücher que aplazase la ejecución de esta medida, pero no se mostraba dispuesto á escuchar ningún consejo de moderación. Un periódico insensato, el *Mercurio del Rhin*, era el intérprete de las pasiones de los prusianos. Según este periódico, no debía combatirse á los franceses como á enemigos ordinarios, sino tratarlos como á *perros rabiosos*, de los que uno se libra matándolos á palos. No sólo era necesario hacer la guerra á Napoleón, sino también al pueblo francés, y á éste más aún que á aquél, porque con su orgullo y su ambición atormentaba á la Europa desde hacía veinticinco años; era necesario destruirle como cuerpo de nación, dividirlo en borgoñones, champañeses, auverneses, bretones, aquitanos con reyes particulares; separar de ellos á los alsacianos, loreneses y flamencos, restituyéndolos al imperio germánico, y devolver á este imperio su fuerza de unidad dándole un emperador; era necesario, por consecuencia, hacer con Alemania lo contrario de lo que harían con Francia, puesto que la quitarían sus reyes para substituirlos con un emperador, mientras que á la Francia la privarían de su emperador para imponerla cinco ó seis reyes; era necesario apoderarse de los bienes nacionales, fruto del pillaje revolucionario, y formar con ellos dotaciones para los ejércitos coligados, ó la garantía de un papel que sirviese para satisfacer los gastos de la guerra de la coalición. Estas extravagancias desleídas, si así puede decirse, en artículos tan repugnantes por su forma como por su fondo, aparecían todos los días en el mencionado periódico y eran distribuídas por todas las ciudades ribereñas del Rhin.

A este lenguaje añadían los prusianos proyectos militares inspirados por la mayor imprudencia que puede

darse. Querían avanzar sin perder un momento hacia París, sin cuidarse de que los demás ejércitos de la coalición estuviesen ó no dispuestos á sostener sus esfuerzos. Abrigaban la presunción de poder por sí solos, ó á lo más auxiliados por algunos ingleses, hannoverianos y holandeses, destruir cuanto hallasen á su paso, y acabar la guerra con una sola acción.

En Gante, donde se retiró Luis XVIII, había otro foco de pasiones no menos peligrosas. Si algunos de los ministros que habían seguido al monarca, tales como Mr. Louis y Mr. de Jaucourt, veían una lección en todo cuanto les pasaba, los otros no encontraban en esto más que el efecto de haber aplazado un sistema de rigor necesario, según su opinión. Se decía entre ellos que el ejército francés era una multitud de bandidos de los que era preciso deshacerse; que se había lisonjeado demasiado á sus jefes; que era menester no volver á poner en práctica semejante política, cortar algunas cabezas entre los generales y los revolucionarios más famosos, y, en una palabra, reemplazar la debilidad con la energía. En el restablecimiento de Napoleón no querían ver más que el resultado de una vasta conspiración, y en la conducta de los que la habían favorecido, una traición en vez de un impulso entusiasta. Había una cabeza sobre la que caían las maldiciones de todos, y la designaban en alta voz, la del infortunado mariscal Ney. Así, pues, ílejos de procurar corregirse, no pensaban más que en vengarse y en hacer correr una sangre cuya efusión debían sentir eternamente!

Con todo, hay que reconocer en honor de Luis XVIII, que si carecía de fuego en el alma, también se hallaba exento de tan deplorables pasiones, y que dejaba decir todas estas locuras sin repetir las, sin estimularlas, limitándose sólo á desear que la coalición le restableciese lo más pronto posible sobre el trono. También comprendía la necesidad que tenía de conceder menos parte en el gobierno á su hermano, á sus sobrinos, á los personajes de su corte, y mucha más á sus ministros. Desgraciadamente algunos diplomáticos extranjeros, que por sus luces hubieran debido librarse de incurrir en los extravíos de aquella época, eran los primeros que daban el mal ejemplo, y el conde Pozzo di Borgo escribía, á propósito de lo que decimos, una carta á Castlereagh, en la que, al lado de un excelente criterio, aparecían las furiosas palabras que reproducimos á continuación: «Hemos dejado á Luis XVIII frente á frente con todos los demonios de la revolución y le hemos hecho cargar con nuestras imprudencias y las suyas. Habiéndose presentado Napoleón en esta situación, el ejército ha derribado el trono que debía sostener, y el pueblo se ha quedado admirado y estupefacto; pero el mismo pueblo aplaudirá la comedia contraria, cuando, como lo espero, se la ofrezcamos. En este caso, no deberemos contentarnos con los aplausos. Si queremos nuestra tranquilidad, será preciso colocar al rey en posición de poder dispersar al ejército y de crear uno nuevo, purgando á Francia de cincuenta grandes criminales cuya existencia es incompatible con la paz. Los franceses deben encargarse de su ejecución y los aliados proporcionarles la ocasión de llevarla á cabo. Nuestra salvación depende de nuestra unión, y nuestra unión es en gran parte el efecto de una feliz combinación de circunstancias que acaso no se repetirá de un modo

tan conveniente.» Estas palabras, en boca de un hombre notable por la superioridad de su talento y que más tarde dió pruebas de poseer el más elevado juicio, prueban hasta qué punto las ciegas pasiones animaban entonces á la Europa entera.

El prudente duque de Wéllington debía calmar todos estos arranques de ira, y, como nuestros lectores comprenden, no era nada fácil la misión que confiaban al noble lord para su desempeño; pero como principalmente se trataba de operaciones militares, y en esta materia tenía una gran autoridad y un poder en toda regla, se contentaba con hacer prevalecer, respecto de este particular, las miras de su prudencia, y dejaba á todos que hablasen á sus anchas. Sin embargo, deploraba el lenguaje de los periódicos que veían la luz en las orillas del Rhin, y expresaba el temor que tenía de que se renovase la torpeza del manifiesto del duque de Brunswick. Aconsejaba al mariscal Blücher que contemporizase con los sajones, no incorporando aún á su ejército los que pertenecían á la Prusia; y á Luis XVIII, que se desentendiese de las influencias de la corte, adoptando, á ejemplo de Inglaterra, un ministerio formalmente responsable, y concentrando en su mano el poder con la responsabilidad. Respecto de la cuestión militar, celebró varias conferencias en Gante con los representantes del gabinete británico, con los generales prusianos y con el duque de Feltre, ministro de la Guerra de Luis XVIII. Por más que en estas conferencias se valuasen en poco las fuerzas de la Francia, el duque de Wéllington halló en todo cuanto le dijeron motivos para emplear la prudencia más bien que la temeridad. Logró persuadir al general Gneisenau, representante de Blücher, de que era poco ventajoso apresurarse, siendo preciso desde luego reunirse á los ingleses con el grueso del ejército prusiano, á fin de formar en el Norte una masa de doscientos cincuenta mil hombres, y esperar en seguida á que una fuerza igual avanzase por el Este á las órdenes del príncipe de Schwarzenberg, y estuviese bastante próximo al del Norte para hacer sufrir su acción enérgicamente. Diferir de este modo la victoria para hacerla más segura, avanzar metódicamente en dos gruesas columnas, cada una superior al total de las fuerzas con que, según creían, contaba Napoleón; asegurar la marcha, apoderándose de las plazas fuertes que encontrasen al paso, acorralar á Napoleón en París y sofocarle allí presentándole de cuatrocientos á quinientos mil combatientes; este era el plan del duque de Wéllington calculado en la campaña de 1814, de la que no suprimía más que las imprudencias de Blücher. El general Gneisenau, que era hombre de talento, aceptó este plan y prometió por parte del ejército prusiano tanta deferencia á los consejos del general inglés como adhesión á la causa común. Se convino en que la concentración de las tropas destinadas á operar en el Norte de la Francia se llevaría á cabo lo más pronto posible; que fomentando el ejército propiamente dicho del duque de Wéllington, los ingleses, los holando-belgas, los hannoverianos y los brunswikenses, se reunirían todos en breve entre Bruselas y Mons, y se situarían en la orilla izquierda del Sambre, mientras que los prusianos se collocaban en la orilla derecha, dirigiéndose sin perder un instante desde Lieja á Charleroy; que permanecerían en comunicación estrecha los